

Cae el día

LOS tres grupos esenciales de la vida alcazareña no «daban de mano» nunca como los trabajadores lugareños, sino que a cubre luz se recogían hasta el alba, y cuando venían a sus casas, era el de la llegada, anochecido, momento sabrosamente típico y castizo en la vida local.

El peón, sentado en su borrico, con el azadón en el asa de las «aguaeras» que, además de los atalajes de diario, traían siempre algo para la casa: cepujos, hierba para los conejos, espigas para cocer o algún bicho cogido casualmente, llegaba a la puerta con poca luz. Al oírlo, salía la mujer con el candil. Desaparejaba en la puerta, siempre pequeña, de una hoja, un poco hundida. El borrico entraba receloso, afianzándose en los cantos del portal. El peón le seguía, cargado con las «aguaeras» apoyadas en su barriga, arrastrando «los ataeros» y arreándole hasta la cuadra.

En la cocina ardían cepas cubiertas de paja retostada. Cocía un puchero.

Entre el olor de moñigos, el sudor de los cuerpos, las cepas y la paja quemadas, al vaciar la ensalada de habichuelas, a la luz del candil colgado en la cornisa, en la cocina había un olor fuerte, no desagradable, que al echarles el vinagre a las judías humeantes en la cazuela abría un apetito especial que pedía la cebolla y el buen trago.

El pastor y el gañán llevaban más impedimento y hablaban continuamente con los animales, sobre todo los pastores, de vida más solitaria.

Ellos decían que los animales eran como las personas, aunque fueran malas comparanzas, que sienten y se quejan como las personas.

Al llegar el «ganao» se apretujaba contra la «portá».

—¡Ia, ia, Perdigonal! ¡Ia, ia, Brillantel! ¡Anda Churral! ¡Ahí tú, Venenol! ¡Entra Romera! ¡Anda Preciosal!

—Guau, guau, guau, ladran los perros.

El pastor iba ordenando con la garrota el paso de los animales y las cencerros apagaban su sonido en el fondo del corral.

Poco después, en la puerta de la novia, se oía decir:

—Sal aquí, cordera: ¿Es que no vas a salir?

El gañán hablaba continuamente a las mulas, porque las mulas recelan del que se les acerca en silencio.

—¡Aparta Leonal! ¡Arre Generosa! ¡Quita Toledanal! ¡Seja Colorao! ¡Oh, mula, oh! ¡Rea, rea, Morena!

Cuando el corral se quedaba en silencio y la junta ronchaba el pienso, el zagal iba cantándole por la calle abajo.

Mariquilla, dame un beso,
que me voy a confesar;
y si el cura me regaña,
yo te lo volveré a dar.

El pueblo se había quedado en completo silencio y por la calle no se veía un alma.

Ardecer

Bajando de la Altomira
llegué al Cementerio
y cogido a los hierros de la puerta
me invadió la tristeza del misterio.

La tarde melancólica moría,
se hizo de noche;
sonó la campana de Santa María
y el ruido de tumba de un birloche.

Del corralón de sepulturas,
traía el aire encontrados ecos;
impedidos de subir a las alturas
por chocar en los techos.

Silencio y soledad,
oscuridad, misterio,
¡Qué emoción tan honda,
me produjo la quietud del Cementerio!